



PALABRAS DE APERTURA

Oscar A. Pérez Sayago
Secretario General

Estimados educadores de América. Muchas gracias por asistir a nuestro XXV Congreso Interamericano de Educación Católica, muchas gracias por la alegría que tienen, muchas gracias por el camino que se han animado a realizar y a recorrer, muchas gracias por el esfuerzo y dedicación que tienen a diario en la Escuela Católica en sus países, eso se llama heroísmo.

La Confederación Interamericana de Educación Católica – CIEC celebra sus setenta y tres años de servicio y compromiso con la educación católica de América. Precisamente en Bogotá en junio del año de 1945 se convocó el I Congreso Interamericano de Educación Católica en Bogotá. Y hoy celebramos nuevamente en Bogotá nuestro vigésimo quinto congreso interamericano.

La CIEC tiene el merito de haber abierto en este continente el camino de la integración a tantas otras instancias eclesiales, incluidos el Consejo Episcopal latinoamericano, CELAM, y la Confederación Latinoamericana de religiosos, CLAR.

La Escuela Católica apareció en la frontera de la deshumanización y por eso se propuso hacer accesible la escuela a los niños y jóvenes; esto, constituyó en los orígenes, una forma de democratizar el conocimiento y de crear las bases para una mayor movilidad social en una sociedad férreamente anclada en los estratos sociales basados en la cuna y la fortuna.

Como bien señala Pedro Chico en su significativa obra sobre Fundadores¹, la educación cristiana ha pasado por tres estadios fundamentales en la historia: Suplencia, Competencia y Presencia. En sus inicios, la escuela católica suplió al estado y proveyó en buena parte la educación ante la imposibilidad del Estado de hacerlo. No está además decir, que, en variadas circunstancias, aún en algunos lugares de América sigue habiendo procesos supletorios. Una vez empezó a universalizarse la escuela tanto primaria como secundaria, la educación cristiana vivió procesos de reacomodación y compitió con el Estado en la oferta educativa y en la cobertura. El siglo XX fue para América la época en que la escuela católica competía y ganaba la competencia sobre la oferta pública. Hoy los estados, en su mayoría, han mejorado la oferta en su calidad y

¹ Chico González, Pedro. Institutos y fundadores de Educación Cristiana. Centro Vocacional la Salle, Valladolid, 2000. 7 Volúmenes.



en su cobertura; así que vienen los tiempos de la “presencia” en el mundo educativo. Resulta obvio que podemos sentirnos satisfechos porque la educación es cada vez más un tema de importancia y de acción en nuestros países, que más sectores se comprometen y que va constituyéndose poco a poco en un tema central en la agenda política, de los gremios, del sector productivo. Los espacios para suplir se han achicado, las décadas del competir van terminando, y vienen los felices tiempos de una nueva presencia. En consecuencia, la presencia de la Escuela Católica en América debe hacer accesible la educación, promover los valores de la solidaridad, la justicia, y la dignidad, construir personas y formar ciudadanos, luchar por la equidad y las oportunidades para todos.

Es, pues, impostergable las reflexiones y decisiones sobre cómo haremos presencia en estos nuevos contextos y realidades del Continente. Por esto desde la CIEC nos atrevemos a sugerir algunos temas que nos parecen urgentes e importantes: la Gestión para el aprendizaje, la innovación y la creatividad.

Las últimas décadas han sido pródigas en desarrollos educativos. Los avances de la psicología cognitiva, las ciencias computacionales, las tecnologías de la información, la neurociencia, los avances de la genética, la reflexión filosófica, y las perspectivas críticas de los sistemas sociales, entre otros, han impactado como nunca antes la educación y, por consiguiente, las pedagogías, las metodologías y las didácticas. Nuevos paradigmas educativos han emergido y, sin duda, inspiran y desafían, consciente o inconscientemente, explícita o implícitamente, los procesos educativos que se adelantan en la Escuela Católica, así como las políticas educativas que se proponen por parte de los gobiernos.

La pedagogía liberadora ha sido, quizás, el paradigma que más experiencias educativas suscitó en la Escuela Católica y que permitió reflexiones, posiciones y diálogos interesantes. Las turbulentas décadas de los 60 y 70 permitieron la creación de proyectos educativos alternativos y de posicionamientos pedagógicos críticos y aún sigue mostrando su fortaleza en experiencias novedosas de educación popular. No obstante, el abanico hoy es mayor y se presenta muy propicio para fértiles diálogos entre una tradición educativa con tendencias teóricas que permean los proyectos educativos actuales. El paradigma histórico-cultural, la perspectiva cognoscitiva, la pedagogía crítica en sus diferentes vertientes, las inteligencias múltiples, el constructivismo, entre otras, con frecuencia hacen parte del vocabulario y de la inspiración de los proyectos educativos de la Escuela Católica.

Este diálogo, tan urgente como necesario, pasa por una posición siempre crítica que explora la potencialidad de los paradigmas con las condiciones reales en las que se plantean las propuestas. Si lo nuestro es hacer accesible la educación, promover los valores de la solidaridad, la justicia, y la dignidad, construir personas y formar ciudadanos, luchar por la equidad y las oportunidades para todos, entonces estos diálogos con las pedagogías contemporáneas son condición indispensable para remozar nuestras propuestas y plantear los proyectos contextualizados y que respondan a los más sentidos anhelos de los estudiantes, niños, jóvenes o adultos, como de las sociedades y grupos humanos donde llevamos nuestra propuesta. La oferta de la Escuela Católica no solo debe ser consistente teóricamente y coherente metodológicamente sino explícita en sus medios y en sus fines. La educación integral que tanto pregonan nuestros proyectos debe ser diáfana en sus objetivos, clara en sus definiciones, en sus fundamentos epistemológicos, en sus metodologías y coherente en las mediaciones pedagógicas.

De igual manera, es imposible negar la importancia, las posibilidades, el potencial educativo de las nuevas tecnologías y lo impensable que resulta en el presente vivir sin ellas. Es simplemente maravilloso. Su utilidad nos permite tener toda la información a la mano, poder navegar sobre los océanos incommensurables del conocimiento, poder acceder a millones de documentos, conocer en tiempo real lo que se descubre, los temas sobre los que están trabajando los científicos, el estado del arte de cuanto tema se nos ocurra; nos permite estar en red con personas con quienes podemos discutir e intercambiar ideas y experiencias; en fin, posibilidades infinitas. Ciertamente que todo esto conlleva también sus peligros. Ya conocemos también cuántos problemas ha suscitado la comunicación indiscriminada con personas que tras la anonimidad de la red acechan y corrompen, destruyen y atraen, roban y utilizan.

Si bien es cierto que las nuevas tecnologías tienen todas las potencialidades para impactar la educación y mejorar los procesos de aprendizaje, aún es dudoso el real impacto que todo esto ha tenido. Mayor información no significa más ni mejor conocimiento. En parte, la diferencia en las destrezas para su manejo entre las generaciones jóvenes y las de sus maestros, o la poca comprensión o creatividad a la hora de proponer los procesos de enseñanza-aprendizaje, relativizan su efectividad. Claro que la educación ha recibido impactos muy fuertes: la memorización de datos o la repetición de lecciones han cambiado profundamente el papel del profesor que ya no es más la fuente de información; sin embargo, tampoco aparece con fuerza consistente el maestro que es capaz de crear las condiciones para encontrar el sentido, formar el criterio y, en medio de la infinitud de conocimientos, propiciar la aprehensión de



valores fundamentales que permiten capitalizar con éxito las nuevas tecnologías. Creo que estamos frente a la urgencia inaplazable de formar para la contemplación y para la profundidad: estos dos valores son imprescindibles para dar el paso de los datos a la información y de la información al conocimiento, es decir, del mucho conocer a la sabiduría. En pocas palabras, formar el criterio, la capacidad de análisis, la posibilidad del pensamiento crítico, de la duda metódica, de tomarse el tiempo para ingerir información digerirla en la contemplación y la reflexión, y usarla para comprender el mundo y sus relaciones, y poder comunicarse con los otros con un pensamiento propio, reposado, y argumentado. Educar para la paciencia, educar para la rumia mental, educar despacio, cocer a fuego lento; como invita Joan Domenech Francesch (2009) en el “Elogio de la educación lenta”.

En este espacio de presencia se vislumbran tiempos para la creatividad y la esperanza, tiempos en que la fuerza, coherencia y consistencia de nuestra propuesta que, a manera de signo nuevo, aportará aire fresco y sentido a la niñez y juventud de América. Es el momento para ser significativos en nuevos escenarios, con nuevos desafíos, para las nuevas generaciones.

Desde la CIEC queremos proponer la necesidad de plantear una agenda común para la acción educativa de la Escuela Católica en América que conlleve líneas y proyectos compartidos, redes robustas de reflexión, programas conjuntos, acuerdos curriculares, etc., es parte de una invitación, pero también de una estrategia para tener un sistema fuerte de educación que pueda impactar en el Continente. Por esto con ocasión de este congreso, me permito inaugurar como secretario general el Observatorio Interamericano de Educación Católica. Un programa de la CIEC que estudia, investiga, propone y acompaña la reflexión sobre los principales desafíos y compromisos a los cuales debemos responder como educación católica en América. Los invito a todos a participar y a vincularse a esta nueva propuesta que desde la CIEC queremos ofrecer al continente.

No podemos vivir más de glorias pretéritas. El futuro de la escuela católica en América estará dado por la capacidad que tengamos para alimentar las prácticas educativas con nuevo conocimiento, y de proponer nuevos proyectos para el desarrollo de la Región. Hoy la investigación y reflexión de la Escuela Católica tiene que mirar más al presente y al futuro que al pasado, necesitamos menos expertos en el pasado y más gente que pueda comprender las dinámicas históricas presentes, porque nuestra misión de “evangelizar educando y educar evangelizando” de hoy también pasará por la capacidad de generar proyectos productivos para que la gente tenga mejores



posibilidades de vida, donde la educación permita la inclusión y la participación en la sociedad del conocimiento a grupos vulnerables y al margen de estas nuevas dinámicas, y donde la acción de nuestras instituciones y nuestros egresados sea socialmente responsable porque se educaron en instituciones que tenían claridad sobre sus intencionalidades y propuestas y, en su oferta, se la jugaron todo por ser política y socialmente responsables.

Por último, quiero invitarlos a tener esperanza. Ese es el objetivo de nuestro congreso, dar esperanza. Como dice nuestro Papa Francisco, “el optimismo es una actitud psicológica; la esperanza es un don de Dios, esa virtud que Dios te mete en el corazón y que radicada en la promesa de Dios no te hace perder el rumbo. La esperanza es esa ancla que se tira a las orillas de la plenitud de los tiempos y nos agarramos de la soga de esa ancla para no desorientarnos en medio de las diversas propuestas desesperanzadoras, pesimistas o simplemente neutras que la vida nos va poniendo en el corazón y que no nos satisfacen en el fondo y nos dejan tristes como quien camina a la deriva.

Agarrados de esta soga de la esperanza, con la memoria de lo que Jesús nos prometió, vayamos adelante y recordemos lo que nos dice el Ángel: “No busquéis entre los muertos al que está vivo.

Y para finalizar mi intervención, quiero expresar en nombre de la CIEC, de su consejo, de las regiones que la integran y del secretariado general, nuestra gratitud a Colombia, a sus autoridades eclesíásticas y educativas, a CONACED Nacional y todos los colombianos por acogernos. Eterna gratitud a las personas que trabajan conmigo en la oficina de la CIEC, al equipo de marketing de Andrea Muñoz y el Centro Juan Bosco Obrero. A las editoriales y empresas que creyeron en nosotros y confían en la propuesta educativa de la Escuela Católica, muchas gracias.

Para usted señor cardenal José Luis Lacunza Maestro Juan, obispo de David en Panamá y presidente del consejo de asuntos económicos del CELAM; Monseñor Oscar Urbina Ortega, Presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia; Monseñor Luis Fernando Rodríguez, Presidente de la comisión de Educación de la Conferencia Episcopal de Colombia; Padre Walter Guillén, secretario del cardenal Oscar Rodríguez Maradiaga SDB; invitados especiales y maestros de América que nos honran con su presencia, nuestra eterna gratitud, su presencia aquí evidencia el compromiso de todos ustedes con la Escuela Católica de América.



Siendo las _____ de hoy 10 de enero de 2018, como secretario general de CIEC, declaro formalmente inaugurado el XXV Congreso Interamericano de Educación Católica con el tema: ESCUELA CATÓLICA: GESTIÓN PARA EL APRENDIZAJE, LA INNOVACIÓN Y LA CREATIVIDAD.

Muchas gracias.

